

Heredarás nuestros pecados

Alejandro
Riera
Guignet



Alejandro Riera Guignet
Heredarás
nuestros pecados

A Lucía

Contents

[Título y Autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Epílogo](#)

1

La llamada sobresaltó a Laura.

Aunque esperaba que Isabel la llamase, el timbre la asustó como a una tonta. Dudó en responder, pero descolgó nerviosa:

—Hola Isabel...

—¡Hola princesa! ¿Te apetece una cita lujuriosa de desenfreno total?

Laura no supo qué contestar. Nunca sabía si su amiga hablaba en serio o en broma.

—Si no dices nada, te considero viciosa oficial —siguió Isabel con burlona seriedad.

—Pero ¿a dónde vamos esta vez? —Isabel la había llevado a maratones de baile, a inauguraciones de saunas y a parques temáticos. Y su empeño era el mismo: emparejarla. Se preguntó enseguida qué tocaría esta vez...

—Vamos a sumergirnos en el mundo de la mitología milenaria —dijo Isabel con aplomo doctoral.

—Ah... Pero si a ti no te interesa ese tema.

—No te creas, no te creas. Tony dice que es un campo todavía por explorar.

—¿Tony? ¿Y quién es Tony?

—¡No me digas que no te lo he presentado!

—Pues no. Por lo visto con éste no te ha dado tiempo.

—Pues mira, mejor. Así lo conoces esta noche. Nos invita a la exposición. Trabaja en el Museo Nacional de Antropología, en Atocha. —Isabel la sorprendía siempre. Un día era experta en piragüismo, otro en cultivos ecológicos y al día siguiente le apasionaban las pinturas de Magritte. Todo dependía del novio de turno...

—Pero a ti no te interesan esos temas...—insistió Laura sin convicción.

—Eso lo dices tú ¡es un campo fascinante! —le respondió Isabel —. Además, hay que encontrarte un príncipe, princesa, porque si no te mueres de puro sosa. Nada. Quedamos en el invernadero de la estación y luego vamos al Museo.

—Pero...

—Ni peros ni peras, en la Estación de Atocha a la siete.

Y la dejó sin réplica con el teléfono en la mano. Laura sin saber por qué sintió frío. Sin embargo, no había nada que temer. ¿De qué se asustaba? asistir a una exposición no era, precisamente, una actividad de alto riesgo. Pero notó ese frío en la piel, como una invisible capa de hielo depositada sobre su cuerpo. “Tonterías”, pensó. Y empezó a arreglarse para la cita. “Espero que mamá no me llame ahora”, suspiró mientras empezaba a abrir los cajones del armario.

A pesar de sus recelos y temores, Laura llegó puntual a la cita. Y, como de costumbre, Isabel aún no había llegado. “Lo bueno se hace esperar”, repetía siempre Isabel en estos casos. Pero en el invernadero de Atocha la espera se le hizo más agobiante que de costumbre. “Será esta horrible humedad” concluyó Laura. Pero había algo más. El jardín tropical con sus palmeras erguidas hasta la cristalera le pareció amenazante, como un entramado de lianas y raíces que, de repente, la iban a atraer a sus entrañas de madera húmeda. “Mejor que me tranquilice”, se dijo a sí misma. Pero decirselo no fue suficiente y saltó como un resorte cuando su móvil sonó en el bolsillo.

—Mamá...—respondió con voz cansada.

—Laurita, ¿dónde andas, hija? Me he despertado y no estabas.

—¿No te acuerdas? He quedado con Isabel, la estoy esperando. Estoy en Atocha.

—Déjalo todo, hija. Me siento sola. Esta soledad puede conmigo.

—Vale, mamá. Sólo es una exposición...

—...y dejas a tu madre en la cama.

—Mamá, tienes tus almohadas, tu mando a distancia y tus medicinas.

—...y una hija malvada y cruel que me abandona para satisfacer sus vicios...

—En una hora estoy en casa, mamá —vio entonces a Isabel, con un chico delgado y moreno —Mamá, te dejo, que ya llega Isabel. Un beso.

Isabel y su último novio llegaron sonrientes.

—Laura, te presento a Tony.

Laura le tendió la mano al recién llegado, pero el chico le estampó dos besos y la dejó con la mano colgando en el vacío.

—Espero que os guste la exposición de esta noche —dijo Tony limpiándose los cristales de las gafas. —Isabel me ha dicho que es un tema que os apasiona.

—Ah, sí... muchísimo —respondió Laura titubeante. Y le echó una mirada de enfado a su amiga.

—Vamos, vamos, que llegamos tarde y no quiero perderme el principio —cortó con alegría Isabel.

El enfado de Laura se le pasó al instante. Era muy difícil enfadarse en serio con su amiga. Además, se alegró de dejar atrás el invernadero y sus ramas amenazantes que parecían crecer sólo para atraparla.

Tony, que resultó llamarse Antonio Rodríguez González, trabajaba en el Museo en tareas de acondicionamiento y limpieza. Formaba parte del personal que ponía a punto el sistema de calefacción y aire acondicionado. Conocía el local a la perfección y le mostró a Isabel todos los rincones oscuros y las salas más apartadas. Laura los veía desaparecer, de pronto, y luego oía las risas de la pareja entre achuchones y besos. Al principio se sintió molesta, pero luego decidió dejarles con sus arrumacos y empezó a explorar el museo por su cuenta.

El edificio tenía varias plantas con barandillas transparentes que daban al patio central interior. Cogió un folleto de la exposición y leyó: "Creencias en la antigua Roma: el dios Jano". Se trataba de una exposición de monedas y esculturas situada en la segunda planta. Tomó el ascensor y llegó a la galería. Detrás de unas vitrinas de cristal reposaban las piezas de arte. Las monedas tenían un color oscuro y los símbolos grabados en ellas estaban casi borrados por el paso del tiempo. Los bustos de mármol la impresionaron más. Todos repetían de manera obsesiva la misma imagen de una cabeza con dos rostros. Los dos perfiles salían del mismo cuello pero se daban la espalda. A veces los dos rostros eran idénticos, pero otras una cara era de anciano y otra de joven. A pesar de lo extraño de este desfile de rostros, Laura se sintió hipnotizada por estas esculturas que la contemplaban con sus ojos opacos desde un abismo de siglos. Sin saber por qué temió que su móvil rompiera el encantamiento y se apresuró a apagarlo. "Este momento es para mí", pensó. Su madre estaría mirando la televisión a esas horas y no tenía por qué preocuparse. Ya más tranquila, se acercó a uno de los bustos y contempló su doble cara. Los ojos blancos de la estatua volvieron a mirarla con sus pupilas ciegas y sintió que sus piernas se doblaban. Titubeó y se apoyó en la barandilla de cristal. Desde el balcón vio lo alto que se encontraba y sintió que estaba a punto de desmayarse. Desde el pozo negro en el que se hallaba oyó una tranquila voz masculina que le dijo:

—Ten cuidado, ven a sentarte lejos de la barandilla.

Notó una suave mano que la guio hasta un banco.

—No sé qué me pasa hoy, tengo un día raro... —logró decir Laura.

—No te preocupes, descansa un poco.

La cálida voz tuvo un efecto inmediato en Laura y se relajó enseguida. Cuando abrió los ojos, la sala del museo os-

ciló, luego tembló un poco y, al final, apareció nítida ante sus ojos.

—¿Estás mejor? —insistió con preocupación la voz cerca de ella.

—Sí...gracias.

Miró entonces a su lado y vio al hombre. Tendría unos treinta y cinco años y parecía preocupado. Sus ojos eran profundos y dulces. Al verla recuperada pareció aliviado y se incorporó un poco:

—¿Quieres comer algo?

Ante la idea de comer notó que su estómago se revolvía y sintió náuseas.

—No, ya estoy mejor —mintió. E intentó levantarse del banco.

—Despacio... —insistió él ayudándola a incorporarse.

Ya de pie notó que sus piernas flaqueaban un poco pero consiguió enderezarse.

—¿Has venido sola?

—No, con una amiga, pero anda por uno de esos pasillos.

Como vio que el hombre no entendía su comentario, añadió:

—Es que ha venido con un novio y es de las que no pierden el tiempo.

—¿Quieres que te acompañe a la salida?

—No, de verdad, ya estoy mejor. Voy a seguir con la visita.

—Me alegro. Es una exposición fantástica.

—¿Ah, sí? —exclamó incrédula. Hasta el momento sólo había visto rarezas en vitrinas de cristal.

—Sí, es la primera vez que se reúnen tantas piezas dedicadas al dios Jano. ¿Sabías que es el dios de las dos caras?

—Ya lo he visto, son unos bustos muy raros.

—Sí, un poco raros sí que son. Es un dios que tiene dos perfiles. Con una cara contempla el pasado y con otra el futuro.

—Ah...

Laura empezó a interesarse y se sorprendió diciendo:

—Pareces saber mucho del tema ¿me acompañas a ver la exposición?

—Será un placer —y al responderla sonrió y su cara se iluminó de alegría. Laura pensó enseguida que era la sonrisa más agradable que había visto en su vida.

Laura volvió a pasar junto a las estatuas, pero esta vez sus sensaciones fueron diferentes. Las miradas de piedra ya no le parecían amenazantes, sólo de piedra, muertas, inofensivas. “Será que el mareo ha pasado” —se dijo. Pero cuando vio al hombre sonriente a su lado comprendió su cambio de humor y se ruborizó un poco. Su acompañante era todo entusiasmo.

—Para los romanos, Jano simbolizaba el cambio, la transición, el paso de un estado a otro... El paso del tiempo, vamos, por eso mira atrás y adelante. Era el dios de los comienzos y de los finales —y al señalar uno de los bustos puso un aire muy serio que a Laura, de repente, le pareció un poco cómico. No pudo evitar sonreír.

—Pareces un guía del museo.

—...es que me interesan esas cosas —pareció disculparse por su entusiasmo.

Laura al ver que se había retraído un poco, añadió risueña: “Pues he tenido suerte al encontrarte ¡cuéntame más!”.

—Pues eso, que como era el dios de los comienzos se le invocaba al principio del año. De hecho el mes de enero lo llamamos así en su honor.

—Oh, no lo sabía. Es bonito —y miró con más interés las vitrinas. El dios de los romanos la miraba desde el interior, pero Laura se fijó entonces en el reflejo de su acompañante en el cristal. Lo vio hablando detrás de ella con entusiasmo y se sorprendió al preguntarle: “¿Cómo te llamas?”.

—¿Yo? —él sí que pareció sorprendido, como si su nombre fuera un detalle sin importancia. —Me llamo Diego

¿y tú?

—Laura... encantada—y le tendió la mano. Él la apretó con suavidad y Laura tuvo la misma sensación de tranquilidad de hace unos minutos, cuando la salvó del vacío. Caminaron, entonces, en silencio.

Laura, callada junto a él, no se sintió molesta; al contrario, le pareció de lo más normal caminar junto a Diego. No lo conocía de nada pero a su lado no tenía que dar explicaciones ni justificarse ante nadie. Su madre se hallaba muy lejos, con sus medicamentos y sus cambios de humor, incluso Isabel desaparecía como en el fondo de un pozo profundo... Sólo estaban Diego y ella. Le pareció volver a oír la voz de su acompañante y notó cómo su cuerpo se relajaba al instante más allá de su control.

—...como dios de los comienzos, invocaban a Jano para otras situaciones. Por ejemplo, cuando empezaba una guerra los romanos abrían las puertas de su templo y sólo las cerraban cuando llegaba la paz... Mira, este busto es precioso...— y le señaló una estatua que a Laura, en efecto, le pareció preciosa: era metálica y dorada y resplandecía bajo la iluminación de los focos.

—... pero mejor que esté cerrado su templo —concluyó Laura.

—Eso es verdad —confirmó él. —Casi todos los mitos tienen un lado luminoso y otro oscuro. El propio Jano lleva en las manos dos llaves. Con una abre la puerta del cielo y con otra de la del infierno...

—¿Y eso qué es? —señaló Laura al ver las monedas negras tras los cristales.

—Son monedas romanas con el rostro de Jano. Mira, esto es un as republicano...

Laura se acercó al cristal pero no pudo contemplar la moneda. En la lejanía una voz familiar la llamaba. "Isabel", pensó. Y se volvió para ver llegar corriendo a su amiga.

—Laura ¿dónde estabas? ¡vaya susto me has dado! Creía que te habían raptado... ah, ya veo —y miró sonrien-

do a Diego de arriba abajo. —¿No nos presentas, princesa?

—Claro. Isabel, te presento a Diego, mi guía personal.

—Encantada. ¿Dónde lo habías escondido, princesa?

—Nos acabamos de conocer, sabe mucho de arte.

—Ya. Yo también, en cuanto lo veo. Soy una experta.

Diego ante la pícaro alusión pareció ensombrecerse un poco y la sonrisa se apagó de su rostro. Laura se dio cuenta al instante y no supo qué hacer. Mientras, Isabel seguía hablando y riendo hasta que dio un grito agudo:

—¡He dejado solo a Tony! Debe estar harto de tanta piedra, mejor vamos a rescatarle... ¿te apuntas con nosotros, Diego?

—No, gracias. He quedado con alguien. Ten, no te olvides el folleto —y se lo tendió a Laura.

—Anda, insisto, ven con nosotros guapo —añadió Isabel.

—No, de verdad, no puedo —y Diego la sonrió con una amabilidad que la desarmó.

—Como quieras —se conformó Isabel —. ¿Vamos, princesa?

—...gracias... por la visita —dijo Laura a su acompañante. Sonrió a Diego un poco decepcionada y se dejó arrastrar por su amiga. Desde el ascensor tuvo tiempo de ver a Diego que la miraba desde la galería.



El taxi cruzaba en silencio las calles nocturnas, pero Laura se sentía mareada por el desfile de farolas. Miró a Isabel a su lado: parecía agotada pero feliz.

—Sé que es una locura coger un taxi, —dijo su amiga recostada en el asiento—pero hoy ha sido una noche de locuras. Tony es fantástico. Parece poca cosa, pero cuando se pone a lo suyo es un campeón. Desde hoy ya sé cuál es mi

museo preferido... Y tu nuevo amiguito no estaba nada mal. Para mi gusto un poco soso, pero tiene buen culo... no me pongas esa cara que seguro que te has fijado...

—Isabel...

—Me imagino que te habrá dado su teléfono...

—Pues, no...—y notó como si cayera en el vacío, de nuevo.

—Eres increíble, de verdad. ¿Y qué hacemos ahora? ¿Pagamos a un detective o utilizamos la telepatía? Ay, de verdad, hija, no sé en qué mundo vives...

Sin poder evitarlo dejó de escuchar a su alegre amiga. Notó cómo la voz a su lado se iba disipando hasta hacerse un lejano murmullo. A pesar de las farolas, volvió a mirar al exterior. La ciudad era un desierto de calles extrañas y se asustó al ver su reflejo en el cristal. Su rostro le pareció más pálido que de costumbre y pensó entonces en Diego como para convocarlo. No sirvió de nada, sólo estaba su propia cara reflejada en la ventanilla. Se vio como en el fondo de una extraña pecera y se sintió angustiada. Para evitar esa sensación y recobrar la serenidad buscó en el bolsillo el folleto arrugado. Era como si tocar el papel le pudiera devolver un poco de la placidez que había notado junto a su desconocido acompañante. No sirvió de nada. El papel era sólo papel. Volvió a guardarlo en el bolsillo. El vaho había empañado la ventanilla. La asustó no poder ver el exterior y se apresuró a limpiar el cristal opaco con la mano. Se arrepintió enseguida. El contacto fue helado, como si hubiera rozado con la palma el dorso de un metal hiriente que la penetró de frío hasta el interior.